EN PAR DE LOS LEVANTES DE LA AURORA

La noche sosegada,
en par de los levantes de la aurora...

(San Juan de la Cruz)

VALIENTES contra la luz, esparcidos, serenos,
recibimos el amanecer, escuchamos
su tintinear prodigioso.
Y alguien recién advenido de la penumbra, mojado
todavía de noche, no se atreve a sugerir con palabras
el milagro naciente que ante sus ojos temblorosamente se
[anuncia.
Los numerosos sonidos se alzan como bandadas de pájaros
que asestasen a la luz su existencia; y el viento
pausadamente decide la inclinación de las mieses
mientras el extranjero resiste a la tentación peligrosa
de vivir en el amanecer invadido.
Nadie se acuerda ya de la noche; los altos
cielos se extienden arriba como si nunca
hubiesen sido habitáculo de la tiniebla onerosa.
Y entonces
el extranjero empieza a creer en la piedra, a pensar en el
[matorral
y a ver el grueso tentáculo de la raíz cómo avanza
en silencio, con una seguridad que el humano nunca resiste.
He aquí la tenacidad de la roca, sostenida
en su propio poder, y la rosa
a su lado, temblorosa, delicadísima,
pero completada en toda su extensión puesto que se atiene
[a sí misma.
Es la mañana entera, es la lucidez perfumada
la que invade sin piedad ese pétalo

y por eso podemos hablar de la energía inmensa de la flor
que colora con matices muy suaves
su piel de fragilidad y limitación.
En ese luminoso matiz existe toda la Creación concentrada
y es como una inmensa descarga de poder que se hubiese
[atenido a la superficie más nítida
y hubiese fingido fragilidad para la pupila inexperta.
No hay nada que pueda detener el nacimiento, la plenitud
[de esta rosa.
Toda la luz del mundo aquí fulge agolpada.
Es un amanecer, es un irradiar,
es un llegar a un cenit y un gritar enloquecedor lo que oigo.
Un crujir sideral, un romperse
en la luz. Un llamar
en la noche, un crecer
en el estruendo,
un llamear cuando hay luna.
Todos
los hombres reunidos pujan
desde sus huesos hacia el amor, todos
los campos se llenan de flores, todos
los bosques susurran.
Es la mañana
que nace,
es el día. Es en los aires
un viento. Y entonces
nadie puede dudar de la veracidad que se extiende
desplegándose en ondas y con majestad hasta el horizonte
[sereno
para revelarse finalmente desnuda, reducida a su propio ser
[luminoso,
esencial,
concentrada de lucidez matutina.
Se diría
que todo existe ya como la piedra que afirma,
como la decisiva materia que se pronuncia
a sí misma.
Oh rumores,
oh campos: así dijo
el extranjero en la mañana encendida.

CARLOS BOUSOÑO